

## *La escucha del silencio*

### **EL OYENTE DEL SILENCIO**

#### **CAPÍTULO UNO: El silencio de la ciudad.**

*Yo no sé si esto es una historia que parece cuento o un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hay una verdad, una verdad muy triste, de la que acaso yo seré uno de los últimos en aprovecharme.*

Era una noche triste, apagada, la luna era el único destello de esperanza en esa fría oscuridad. Desde mi balcón, la brisa del mar llegaba a mis sentidos. Mientras observaba ese panorama, aquel silencio en la ciudad de Barcelona me dejó asombrado, los pájaros se habían callado, los coches estaban aparcados, parecía mentira, pero esta gran ciudad se había quedado muda.

Con la sorpresa recorriendo mi cuerpo, me dirigí hacia la habitación de mis padres donde les intenté explicar lo que pasaba. Bajo mi sorpresa, al igual que la gran ciudad, mi voz había desaparecido, no me escuchaba, pero parecía que mis padres sí. En aquel angustioso momento, no me quedo más remedio que intentar gritar y gritar hasta que, de una vez por todas, acepté la realidad y el destino que me había tocado vivir, había perdido la capacidad para oír y aún más, para escuchar.

Junto a mis padres, me acerqué al hospital de urgencias, podía ver las caras de miedo de las personas que pasaban por situaciones complicadas. Primero un hombre con el brazo roto, una mujer a punto de dar a luz y entre todas estas personas estaba yo, un adolescente que ya no escuchaba, esperando a que el médico dictaminase el diagnóstico del caso con la esperanza de lograr volver a escuchar a las personas. Una vez entré en la sala del médico y tras un gran número de pruebas, el Dr. Serrano me comunicó a través de un texto que ya no volvería a oír ningún sonido.

Después de esa noticia, se me cayó el mundo al suelo, ya no podría escuchar más música, ni ver la televisión, ni siquiera escucharía la voz de mis seres queridos ni tan siquiera escucharía las personas de la calle.

Mi abuelo, conmocionado por la situación, decidió hablar conmigo. Se dispuso a coger una pequeña libreta de notas y allí, con su característica caligrafía, anotó lo que quería decirme. Tardó unos cuantos minutos, imagino que esa nueva situación se le hacía igual de difícil que a mí. Era curioso porque a pesar de no oír ningún sonido, cuando leía las letras que mi abuelo había escrito con mucha meditación, recordaba su voz y, por un momento, me emocioné. Creo que él lo notó y como solía hacer cuando era pequeño y lloraba ante algún enfado o injusticia, me dio un par de palmadas en la espalda. Con ese gesto, siempre quería mostrarme su apoyo.

Durante esas primeras semanas, una vez encajamos la situación y nos adaptamos a los nuevos cambios, decidimos seguir todas las recomendaciones del doctor.

Debíamos empezar por aprender el lenguaje de signos, pero se me hacía muy complicado aprenderlo por eso prefería expresarme de manera escrita.

En unas de las conversaciones con mi abuelo con la que intentaba transmitirme ánimos, felicidad y cariño, me sugirió que, ya que no podía escuchar, podía empezar a leer más frecuentemente y para empezar me dio las leyendas de Bécquer. El ejemplar lo reconocí de inmediato ya que en alguna ocasión el profesor de literatura lo había nombrado en clase de Lengua, así que decidí aceptar el regalo sabiendo que a mi abuelo este hecho le haría feliz y a mis padres aún más ya que constantemente, en especial mi madre que era una gran lectora me animaba a tomar la lectura como un buen hábito y un medio para aprender.

Decidí dejar el libro sobre el escritorio sin ningún ánimo de leerlo ya que acostumbrado a leer libros por obligación en la escuela me aburría solo de pensar en empezar a leerlo.

## **CAPÍTULO DOS: Una extraña luz**

Ya habían pasado varios meses desde que había perdido mi audición. Llevaba mejor las clases de lengua de signos y me manejaba bien. Por otro lado, mis padres y mi familia hacían el esfuerzo de aprender un nuevo idioma solo por hacerme la vida más fácil.

De repente, mi madre con un toque me llamó la atención y me señaló un objeto en el escritorio. Era el libro del abuelo que ya estaba cubierto por una capa de polvo. Mi madre enfadada quizás por no haber limpiado el escritorio desde hacía un largo tiempo me comunicó que debía leer el libro por mi bien ya que estaba cansada de que me quejara por estar aburrido y no tuviese ninguna intención de solucionar mis horas de fastidio. Decidí leer las Leyendas de Bécquer, pero nada más empezar se me quitaron todas las ganas de leerlo ya que hablaba sobre historias llenas de elementos extraños con doble sentido y eso sumado a tener que pensar mientras leía no me gustaba nada. La única motivación que tenía para leer el libro era el cariño con el que mi abuelo me regaló este libro.

Mientras avanzaba en las leyendas, mi interés por la lectura aumentaba, ahora ya no era una simple obligación, sentía que leía por gusto, para reflexionar y entender el mundo que Bécquer expresaba. Fue mientras leía “el Monte de las ánimas” cuando mi pasión por el libro y el autor se mostraron en mi interior, ese paisaje oscuro y misterioso de la leyenda era superinteresante, comenzaba a imaginar las escenas y paisajes que el autor describía con detalle.

Esa misma noche lluviosa, mientras la luz de la luna brillaba intensamente, yo seguía leyendo cuando, de forma extraña, sentí un gran vínculo con los personajes de las leyendas. Era extraño porque no sé si fruto de la locura podía imaginar a los personajes en frente mío de una forma realista. Entre tanta incertidumbre lo único que sabía y sentía era que estaba desarrollando una increíble conexión con la historia, estaba más absorbido que nunca.

Mientras comenzaba a leer la leyenda de “Rayo de luna”, una brisa fría recorrió el ambiente y un rayo plateado proveniente de la luna inundó la habitación. De repente la figura de un hombre con túnicas viejas y una capa negra se hizo presente, como era normal, fruto del miedo, me arrojé con las mantas de la cama y me escondí. En ese preciso instante, el hombre de la capa giró su cabeza y al igual que yo mostré su miedo con un pequeño grito que se esfumó rápidamente contrastando con la cara seria que mostró segundos después.

Mientras la figura del hombre se erguía frente a mí, con la capa ondeando levemente, sentí una mezcla de miedo y fascinación. Aunque su apariencia era sombría, algo en su postura y sus ojos me hicieron intuir que no era una amenaza. Al contrario, parecía confundido, como si se hubiera materializado en mi habitación sin entender cómo había llegado allí.

- ¿Quién es usted? - pregunté asustado

-Soy Gustavo Adolfo Bécquer- me respondió.

No me lo puedo creer, le estoy oyendo y, además, se supone que murió hace unos 100 años. ¿Cómo ha llegado a mi habitación?

— La duda que recorre tu cuerpo, también yace en el mío, tampoco entiendo nada. Solo recuerdo estar persiguiendo a mi bella amada cerca de unas ruinas, pero se desvaneció rápidamente en el rayo de luna que me absorbió mientras intentaba abrazarlo.

— Bécquer, debo decirle una cosa y es que su libro es la nueva solución a mis problemas, desde que me quedé sordo ya no puedo comunicarme con la gente como lo hacía antes, pero desde que leí sus leyendas todo ha cambiado. La imaginación da sus frutos en mi mente, mientras imagino el mundo que describe en sus leyendas. Puede sonar extraño, pero me he encerrado tras la incompreensión de los demás en un mundo paralelo.

— Muchacho, estate tranquilo, yo tampoco pasé por una infancia fácil, al quedar huérfano, me crié en un internado y más tarde tuve la oportunidad de leer en casa de mi madrina, devoraba los libros de su biblioteca al igual que tú haces con mi escrito, me encerraba en esos maravillosos relatos y gracias a eso pude escribir las grandes historias que ahora lees.

— Sé poque me escuchas, ese rayo de luna ha conectado nuestras mentes y ahora podemos compartir nuestros pensamientos. Pero esto no podrá durar, debo encontrar a mi amada antes de que la luna mengue y salga el sol pues sé que ella se encuentra en alguna parte de la ciudad.

Tras esas palabras, el poeta se acercó a la ventana contemplando la luna que ya comenzaba a descender del cielo barcelonés. Su oscura capa se agitaba con la brisa nocturna y su expresión mostraba una mezcla de felicidad e inquietud. Giró la cabeza con una mirada que decía más que mil palabras.

-Debo partir- afirmó con voz firme-. La luna mengua y mi tiempo para seguir aquí se agota. Mi amada me espera en el monte de Collserola, el rayo de luna marca la montaña. Si el rayo de luna me trajo aquí, estoy seguro de que me guiará de regreso a ella.

Mi corazón pedía que lo detuviese, que le preguntase tantas cosas, comprender cómo era posible que estuviera frente a mí, pero algo en mi interior me hizo entender que su viaje era inevitable. En su mirada se podía apreciar la pasión con la que amaba a su amor en contraste con la tristeza que sentía por aceptar mi destino. No podía retenerlo más tiempo.

—Pero, Bécquer... —balbuceé, sintiendo que ese instante se desvanecería como un sueño—, si te vas, ¿volveré a oír?

El poeta sonrió levemente y se acercó, apoyando su mano sobre mi hombro.

—El oído no lo es todo, muchacho. La imaginación y la pasión pueden llenar los silencios. Lo que importa no es lo que escuchas, sino lo que sientes y creas con tu corazón.

Asentí, sintiendo una extraña paz en sus palabras. Bécquer se alejó hacia la ventana y levantó el rostro hacia la luna. Un rayo plateado iluminó su figura, y en un destello de luz, desapareció.

Corrí hacia la ventana y miré hacia la montaña de Collserola. Allí, entre los árboles oscuros, pude ver una sombra moviéndose rápidamente, como si la luna misma la guiara. Sabía que era él, buscando a su amada, atrapado entre el tiempo y la literatura, entre la realidad y la leyenda.

Me acosté en la cama, con el corazón latiendo con fuerza. Cerré los ojos y, aunque el mundo seguía en silencio para mí, en mi mente resonaban las palabras de Bécquer, su historia, sus versos. Tal vez no volvería a escuchar nunca más, pero ahora entendía que había descubierto una nueva manera de sentir el mundo.

Y así, bajo la luz de la luna menguante, me quedé dormido, soñando con palabras que nunca dejaría de escuchar.

